

LA ASTILLA EN LA CARNE

**Gregorio Andrés
Ríos Montoya**



© Gregorio Andrés Ríos Montoya
Primera edición
Bogotá D.C., Colombia, 2021

ISBN 978-958-49-4946-2

Todos los derechos reservados.
No se permite la reproducción total o parcial de este libro.



“Nosotros tenemos, todos y cada uno, una historia biográfica, una narración interna, cuya continuidad, cuyo sentido, es nuestra vida. Podría decirse que cada uno de nosotros edifica y vive una ‘narración’ y que esta narración es nosotros, nuestra identidad...”

Oliver Sacks

“...¡Eh, maestro!, ¿en qué estáis pensando? Don Claude, abstraído, no le escuchaba. Charmolue observó, siguiendo la dirección de su mirada, que estaba mirando distraídamente la gran tela de araña que adornaba la claraboya. Justo en aquel momento una mosca, que andaba buscando el sol de marzo, se lanzó contra aquella red y quedó allí atrapada. Al agitarse la tela, la enorme araña hizo un movimiento brusco fuera de su escondrijo central y se precipitó sobre la mosca a la que dobló en dos con sus antenas delanteras mientras que con su trompa repugnante le vaciaba la cabeza.

—¡Pobre mosca!—dijo el procurador del rey para asuntos eclesiásticos, a la vez que hacía un movimiento con la mano para salvarla. El archidiácono, como volviendo en sí bruscamente, le detuvo el brazo con cierta violencia.

—¡Maese Jacques, dejad actuar a la fatalidad!”

Víctor Hugo

“Aquí el autor. Quiero decir, el verdadero autor, el ser humano sosteniendo un lápiz, no una de esas abstractas personas narrativas [...]. Todo esto es verdad. Este libro es realmente verdadero.”

David Foster Wallace

“¿Puedo llamar a esto una novela?”

Marcel Proust

Dedico este libro a aquellos que amo, que no son muchos. En particular a mi madre, pues es para ella para quien lo escribí.

Nota aclaratoria: todos los nombres propios que en esta historia figuran son rigurosamente ciertos. Y por “ciertos” habrá de entenderse “reales”. Si alguien llegare a sentirse molesto por saberse personaje o comparsa de este relato, de antemano le ofrezco mis excusas y nada más que eso. Solo me queda aclarar que si aquí figuran esas identidades es porque para los personajes centrales, a la par que narradores de la historia, ellas revisten importancia.

I

Orfi había salido a llevar a los niños a la escuela. Yo, como de costumbre, leía el periódico mientras fumaba y tomaba tinto sentado en el comedor. Totico jugaba, no recuerdo con qué ni a qué: él siempre se las arreglaba para entretenerse, incluso cuando los hermanos no estaban en la casa.

No recuerdo si llovía o si hacía sol. Tal vez era un día gris, como muchos de la Bogotá de entonces. Tampoco recuerdo si había bebido el día anterior, o si tenía plata entre el bolsillo. Seguramente me había emborrachado y me había gastado lo que tenía a mano. Claro que tampoco es improbable que no hubiera gastado un solo peso, pues, por pelado que estuviera, siempre o casi siempre me encontraba en el centro con alguien dispuesto a emborracharse conmigo. Yo sabía que esa generosidad de borrachos se limitaba al trago y que nunca o casi nunca ese dinero ajeno invertido en aguardiente se me facilitaría, digamos, para almorzar o para llevarle comida a mi familia. Días había en que, habiendo salido con apenas un tinto en el estómago porque no había para el desayuno, llegaba por la noche aullando del hambre aunque borracho. Sí: a exigir que me llenaran el plato con los milagros que mi pobre mujer tenía que hacer para no dejar morir de hambre a los niños. Pero esto no viene a cuento ahora.

Decía que ella se había ido a llevar a Dianita y a Mario al jardín y que mi Totico jugaba no recuerdo a qué. De pronto – de esto sí me acuerdo divinamente– veo que mi hijo, ciego desde su nacimiento, reptaba por el suelo y con las manos busca algo que se le perdió. Algo que él no encuentra y que yo no podía ver desde donde me hallaba. Mentiría si digo que hice ademán de abandonar la comodidad de mi asiento para ir en su auxilio, aunque me parece que no tuve tiempo de hacerlo.

–Papi –empezó a hablar mientras se paraba y se acercaba hasta donde yo estaba–, ¿usted cuántos ojos tiene?

–¿Yo? –le pregunté, tratando de ganar tiempo, pues presentí de inmediato lo que se avecinaba–. Yo tengo dos. ¿Por qué mi corazón?

–¿Y por los dos ve?

–Claro que sí –le respondí, con la voz ya quebrada por lo que sabía que iba a tener que oír enseguida: “¿Y si usted me da uno y los dos quedamos con de a ojo?”.

Tuve que hacer un esfuerzo supremo para no romper en sollozos allí mismo, delante de mi hijo ciego tal vez por mi culpa.

Recuerdo que todo lo que pude hacer fue acariciarlo, y darle gracias a Dios de que en ese preciso momento Orfi tocara la puerta.